CAPÍTULO VIII. *De una plática que el capitán Fernando Cortés hizo a su gente; y del principio de su navegación, y cómo llegó a Cozumel, donde tuvo noticia de Gerónimo de Aguilar y otros españoles, y les escribe*

OSA COMÚN Y ORDINARIA ES entre todos los capitanes del mundo, cuando salen contra los enemigos y al tiempo de representarles las batallas, hacer pláticas a sus soldados para animarlos a la pelea; porque con el fervor de las palabras más se esfuerzan y desean la consecución de la victoria. Fernando Cortés, que era discreto y avisado no careciendo de las mismas partes y cualidades de famoso capitán y buen soldado, llamó a los suyos y todos juntos les dijo las razones siguientes: cosa sabida y cierta es (amigos y compañeros míos) que todo hombre de valor desea, con los mejores de sus tiempos y de los pasados, ser igualado; y conformándome con este deseo os digo mi corazón; y fiando en Dios os prometo de ganar mayores reinos que los que nuestro rey posee; y que aunque me he empeñado para proveer esta armada de lo necesario para conquistarlos, cuanta menos parte de ella tengo tanto más he acrecentado de honra, porque a un hombre honrado y prudente no conviene hacer caso de semejantes cosas (que por tales tengo la hacienda) cuando las grandes se le representan y ponen delante; pero dejado aparte lo mucho que será acepto a Dios este viaje (por cuyo servicio protesto que pongo principalmente mi persona); espero que para mi rey y nación será el mayor que jamás haya recibido de nadie, y por esto os ruego que entendáis que pretendo más la honra que el provecho, que los buenos más quieren honra que riquezas. Y éste es el fin a que todos los que lo son atienden; y pues que comenzamos guerra justa y famosa confío en Dios (en cuyo nombre se hace) que nos ayudará. Pero conviene que sepáis que se ha de tener en ella diferente forma de la que tuvieron Francisco Hernández de Córdova y Juan de Grijalva. Y pues el tiempo es bueno para navegar no quiero detenerme en discurrir en ella; pero solamente os ruego que pongáis en vuestra imaginación que habéis de padecer grandes trabajos, aunque serán los mayores los primeros, porque la virtud siempre está en lo más dificultoso. Y así os pido que llevéis la virtud por esperanza u la esperanza por virtud. Y si no me dejáis como ni tampoco yo os dejaré a vosotros ni a la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás han pasado a las Indias. Pocos sois (ya lo veo), mas tales y tan aventajados en ánimo que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos. Y experiencia tenemos como siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id alegres y contentos para que los sucesos desta jornada sean iguales con sus principios.

Con este razonamiento puso Cortés en sus compañeros grandes esperanzas de cosas nuevas y preciosas; y en sus corazones admiración de su per-

sona; y tanto se encendieron en ganas de pasar con él a estas tierras (apenas vistas) que les parecía ir no a guerras sino a presas y victorias ciertas. Holgóse mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de venir con él en esta jornada. Desde este punto comenzó a mandar con gravedad y modestia, de manera que enteramente hacía ya el oficio de capitán general. Eran ya los diez y ocho de el mes de febrero del año de mil y quinientos y diez y nueve, y con el cuidado de hacer su viaje hizo decir misa luego de mañana, y encomendando a Dios en ella su jornada se embarcó con toda su gente (según los había ya repartido), y estando en la mar dio nombre a todos los capitanes y pilotos, como se usa, que fue el de su especial devoto y abogado San Pedro. Previnolos de que llevasen ojo a la capitana y se encaminó leste ueste de la Punta de San Antón para Cotoche, que es la primera punta de Yucatán, para seguir la tierra por la costa entre norte y poniente; y la primera noche que comenzó a atravesar el golfo de Cuba a Yucatán (que deben de ser de travesía sesenta u ochenta leguas) se levantó un nordeste con muy recio temporal que hizo derramar los navíos y corrió con mucho peligro cada uno como más y mejor pudo. Llevaban instrucción los pilotos que en todos los acontecimientos de tormentas y casos que sucediesen, si acaso se perdiesen de vista se fuesen a juntar a la isla de Cozumel (de que ya tenían noticia y sabían su rumbo); hízose así por todos los más de los navíos en esta tormenta que les sobrevino. Pero el que de todos padeció más fue el de Francisco de Morla porque, o por descuido u flojedad del timonero o por la fuerza del agua mezclada con el viento, se le llevó un golpe de mar el timón, y viéndose con necesidad hizo un farol desparramado. Vídolo Fernando Cortés y arribó a él con su capitana y aguardó el día para remediarle, con cuya luz comenzó abonanzar algún poco el mar, con que pudieron ver el timón que habían perdido; y el mismo capitán Morla se arrojó a la mar, atado con una soga, y con mucho esfuerzo cogió el timón y le pusieron en su lugar y siguieron su viaje hasta Cozumel, donde ya había llegado algún tiempo antes Pedro de Alvarado. El cual, luego que llegó saltó en tierra con algunos de los soldados y no halló indios en el puerto que estaba a la marina; fue a otro pueblo, una legua de aquél y también le halló desamparado de sus moradores, aunque hallaron en él gallinas y alguna ropa y ciertas cazuelas de madera adonde estaban puestos ídolos con diademas, cuentas y pinjantes de oro bajo. Trajeron dos hombres y una mujer y luego se volvieron a estotro pueblo.

A esta coyuntura llegó Cortés con todos los navíos, aunque uno les faltó que no supieron de él por mucho tiempo; y como vio el pueblo sin gente y entendió que Pedro de Alvarado había andado por la tierra y lo que había tomado, le reprehendió, diciendo que las tierras no se habían de pacificar tomando a los hombres sus haciendas. Y por medio y lengua de Melchor dijo a los dos indios y a la mujer que fuesen a llamar a los señores y les mandó restituir cuanto les había tomado y dar cincuenta cascabeles y sendas camisas. Con lo que estos indios dijeron volvió el señor del pueblo con toda la gente, y andaban entre los castellanos con mucha fami-

liaridad y seguridad, porque Cortés tenía particular cuidado de que no se les diese ocasión ni causa de enojo. Habló también Cortés a otro cacique, que dijeron ser señor de la isla, y le dio a entender su deseo y que todos se quietasen y volviesen a sus casas como lo hicieron; y el ejército fue muy proveído de lo necesario; y los caballos que mandó sacar a tierra también se refrescaron por el abundancia que había de maíz y pastos. Con la mucha conversación que se tenía con los indios dieron a entender algunos que en la tierra firme (no lejos de Cozumel) había hombres con barbas, que eran extranjeros; y viendo Cortés la necesidad que tenía de lenguas, porque ya a esta sazón era muerto Melchor y no se fiaba enteramente de Julián, ni él era tal intérprete como lo podían ser los castellanos que le decían que había en la tierra firme, juzgando que ya serían pláticos en la lengua, pidió al calachuni (que era el cacique u señor) que le diese algún indio que llevase una carta a los barbudos que decían estaban en la tierra firme de Yucatán; mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recaudo ni embajada (de miedo que el que los tenía, que era gran señor y cruel y tal que sabiendo la embajada mandaría matar y comer al que la llevase). Viendo esto Cortés halagó a tres de aquellos isleños que andaban más desenvueltos y serviciales en su posada, dioles algunas cosillas y rogóles que fuesen con la carta. Los indios se excusaban todo lo posible porque tenían por cierta su muerte en siendo conocido su intento y mensaje. Pero como dádivas quebrantan penas, tanto pudieron las que les dieron y ruegos que les hicieron, que prometieron de ir, y con esta palabra les escribió Cortés esta carta.

Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles y llegué aquí a Cozumel, de donde os escribo esta carta; los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco u seis hombres barbudos y en todo a nosotros muy semejables; no me saben dar ni decir otras señas, mas por éstas conjeturo y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a descubrir y poblar estas tierras os rogamos mucho que dentro de seis días que recibiéredeis ésta os vengáis para nosotros sin poner otra dilación ni excusa. Si viniéredeis, todos conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío en que vengáis y dos navíos para seguridad. Diose esta carta a uno destos tres indios que fueron, y para llevarla con mayor secreto la ataron dentro del cabello, porque como era gente desnuda no tenía donde guardarla. Envió los tres navíos con veinte ballesteros y escopeteros y por su capitán a Diego de Ordás, y le ordenó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche aguardando ocho días con el navío mayor; y que el menor volviese a dar cuenta de lo que habían hecho, pues la tierra de la Punta de Cotoche no estaba más de cuatro leguas de Cozumel.

Los navíos llegaron a la costa de Yucatán y echaron los indios en tierra y en dos días dieron la carta a un castellano, dicho Gerónimo de Aguilar que holgó mucho con ella y con los rescates que le llevaron; no falta quien dice que estos indios dieron la carta de Cortés, por miedo, al señor de Gerónimo de Aguilar y que en su presencia la leyó espantado de que por

aquel medio se entendiesen los ausentes; y al cabo, remitiéndose Aguilar a su amo, porque sabiendo que era provechoso en su servicio dudaba de la licencia y temía que si la pedía, o iba sin ella bárbaramente conforme a su costumbre le haría matar, acordó de llevarlo por humildad que era el término con que con aquella gente hasta entonces se había conservado. Diole su amo licencia y le rogó que lo hiciese amigo de su nación, porque lo quería ser de tan valientes hombres. Ofreció de volver a servirle; mandóle acompañar de algunos indios. Los nuestros esperaron en la costa ocho días, como Cortés se lo había mandado, aunque a los castellanos se les había escrito que esperarían seis, y como no vinieron ni los indios con razón ninguna de lo hecho o sucedido, creyeron que los habían muerto u cautivado; y así se tornaron a Cozumel sin ellos. De que les pesó mucho a todos los españoles, en especial a Cortés, creyendo que era verdad la noticia que se le había dado de los españoles que estaban en tierra firme; y enojado de que no aguardaron más tiempo, reprehendió de ello a Ordás y lo recibió ásperamente. En este ínterin que estuvieron aguardando se repararon los navíos de el daño que habían recibido con el temporal pasado y se pusieron a punto.

CAPÍTULO IX. *Castiga Fernando Cortés a unos marineros y viene Aguilar, y la manera como vino a poder de Fernando Cortés y de lo que en Cozumel ordenó y hizo destruyendo los ídolos de un templo donde hizo altar y levantó una cruz*

EN ESTE TIEMPO ACAECIÓ QUE UNOS MARINEROS, naturales de Gibraleón, habían hurtado a un soldado llamado Berrio ciertos tocinos y no se los querían volver, y quejándose a Fernando Cortés les tomó juramento y negaron; pero pareciendo en la pesquisa que los tocinos se habían repartido entre los siete marineros los mandó azotar sin que bastasen ruegos ni intercesiones para que los perdonase, porque en aquel principio le pareció que convenía que la gente entendiese que era amigo de justicia y capitán severo y que sabía castigar los delitos y en cuanto se ofrecía hacer su oficio.

Como la isla de Cozumel era santuario adonde de diversas partes de la tierra firme iban en romería, había muchos y grandes templos. Viose en particular uno de mayor grandeza que los otros adonde una mañana, en un gran patio, se recogió mucha gente que tenían diversos sahumerios que hacían por devoción, y que un indio viejo, que era su mayor sacerdote, les predicaba. Acabado el sermón dijo Fernando Cortés al sacerdote y a los señores, que si habían de ser sus hermanos convenía que quitasen aquellos ídolos que eran demonios y los traían engañados y dejasen de sacrificar derramando sangre humana, cosa aborrecida de el verdadero Dios; y que si a él se volvían se librarían de las perpetuas penas de el infierno y tendrían ciertos los bienes espirituales, buenas sementeras y todos los bienes